

Contornos de la crítica literaria en Colombia

Pablo Montoya
pablojose@comunicaciones.udea.edu.co

1

Hace más de medio siglo, Baldomero Sanín Cano hizo un pronóstico inquietante: en Colombia no existía crítica literaria. En breves pero justas explicaciones, Sanín Cano ponía en su sitio las pretensiones de muchos escritores de diversa índole. Todos ellos sospechaban, en realidad algunos estaban convencidos de ello, que eran críticos literarios en un país cuya literatura apenas alcanzaba los honores maltrechos de ser menor. Sanín Cano constataba, en el artículo “El ocaso de la crítica”, y apoyándose en lo que sucedió en la Francia y la Inglaterra decimonónicas, que una portentosa crítica literaria no tiene por qué surgir al lado de una portentosa narrativa o de una portentosa poesía. Esta última, concluía, se presenta por lo general años después y en pequeñas cantidades. Sin embargo, en el caso de Colombia habría que plantearse otra cuestión: ¿cómo puede haber crítica literaria madura en un país dueño de una literatura de bajos niveles? Y más todavía: ¿cómo puede desarrollarse favorablemente este género en un medio social ajeno a la práctica de la lectura?

En prosa medida y memorable, Baldomero Sanín Cano enseñó a ver en medio de demasiados fuegos de artificio. Y esto lo practicó sin rencor ni prepotencia, y manifestando un sabio sentido de las proporciones. Tal es uno de sus grandes atributos. En su obra *Letras colombianas*, por ejemplo, llama la atención sobre lo que es verdaderamente bueno en ese mon-

tón de nombres forjadores del panteón literario colombiano que va desde la colonia hasta el modernismo. Aunque a veces invadido por nociones patrióticas y por la retórica de un estilo ceremonioso muy de su época, matices que terminan por marchitar varios pasajes de este libro, Sanín Cano da allí una lección de sensatez intelectual, de claridad conceptual, y crea de paso uno de los pilares de nuestra aún precaria crítica literaria. Mejor aún, con libros como éste, el escritor antioqueño delineaba ya en plena madurez, pues el libro es publicado por el Fondo de Cultura Económica de México en 1944, el rostro de la crítica literaria en Colombia, o del ensayo, que es en lo que ella aspira a convertirse. Por ello el homenaje que Rafael Gutiérrez Girardot le hace en su estudio sobre la literatura colombiana de la primera mitad del siglo xx es más que merecido. La obra de Baldomero Sanín Cano, dice Gutiérrez, parece haber sido escrita en una época posterior. Contemporáneo de espíritus enciclopédicos pero abstrusos como el de Luis López de Mesa y de sensibilidades museísticas como la de Guillermo Valencia, Baldomero Sanín Cano se distancia por fortuna de toda la parafernalia literaria de una época sombría.

Baldomero Sanín Cano y Rafael Gutiérrez Girardot son quienes marcan los contornos de la mejor crítica literaria en Colombia. Son dos nombres solamente, pero bastan para que el balance que alguien haga de nuestro horizonte reflexivo de las letras no sea del todo brumoso. Ambos señalan, de forma feliz, un inicio y una evolución maduros. Aquél en que la crítica asume la inolvidable forma del ensayo. El primero lo hace desde el cultivo de un espíritu autodidacta que siempre merecerá, aún en los tiempos de la especializada academia, el mayor elogio y el más alto respeto. Porque la visión de Baldomero se apoya en la aguda intuición, fundamental para quien pretende prevenir de los aciertos y bajezas, de las elevaciones y caídas presentes en los mapas literarios. Y su vasta curiosidad, así como la práctica de una existencia viajera, son aspectos que le ayudaron a educar una sensibilidad y una inteligencia distantes de las múltiples variantes de la mediocridad intelectual. La presencia de Rafael

Gutiérrez Girardot, a su vez, acentúa el perfil del crítico y lo profundiza. Y esto gracias al rigor de una formación académica encomiable de la que el profesor de Bonn ha sido acaso el mejor modelo en nuestro medio. Con esto quiero decir que apoyarse en ambos nombres podría garantizar ahora una cierta estabilidad frente a lo que es permanente desequilibrio en el ámbito de la crítica literaria. Son ellos quienes permiten afirmar, repito, que en Colombia respira la sensatez, la transparencia y la independencia. Independencia que se mide porque desconoce el amiguismo, la ambición favorecida por prebendas políticas, y no se deja fascinar ante los espejismos de los éxitos multitudinarios de libros y autores. Sin embargo, el panorama de la crítica literaria en Colombia, pese a estas presencias y otras más que no son muchas (Hernando Téllez, Hernando Valencia Goelkel, R.H. Moreno Durán, David Jiménez y William Ospina serían algunos de estos nombres fundamentales), sigue conservando, según la afirmación de Sanín Cano, un cariz de triste actualidad.

Tal panorama se limita, sobre todo, al pequeño pero cálido recinto que algunas revistas culturales le han otorgado al espacio de la reflexión (*El malpensante*, *Número* y la *Revista Universidad de Antioquia*). Las editoriales nacionales miran con desdén el ensayo crítico como si fuera un vejete desdeñoso con las ventas. Al lado de la triunfal novela y la advenediza crónica periodística, el ensayo literario debe levantar los hombros, volver a su habitáculo de libros, y continuar cultivando el sutil aislamiento, la reserva exquisita y el humor escéptico que lo ha caracterizado desde los días de Montaigne. Hace años que la prensa decidió, por razones poco convincentes, desalojar el ejercicio de la visión aguda de sus publicaciones culturales. La pretendida decadencia económica de los diarios del país parece justificar esta funesta desaparición. Y acaso es una justificación válida, pero también obedece a que las meditaciones literarias poco interesan al público actual. Éste, ya nos lo ha demostrado con amplitud la sociedad de consumo en que nace, se reproduce y muere, es más proclive a lo

ramplón, al facilismo y a la gris inmediatez. Por otro lado, y aunque ayudan a conformar un útil estado de recepción de las obras de literatura que se publican, es riesgoso considerar las reseñas o las notas, que aparecen en revistas y en periódicos, como una forma plena de la crítica literaria en nuestro país. No hay que olvidar, además, que muchas de esas reseñas nacen más del entusiasmo fraternal, porque en Colombia sigue presentándose lo que Borges decía de la crítica literaria argentina: ella no es más que una de las maneras sospechosas de la amistad. Así mismo, otra buena parte de las reseñas surge de las presiones de los consorcios editoriales, y no de la mirada minuciosa que rastrea y explica al lector lo que es bueno y lo que es deplorable, lo que apunta hacia la perfección, y lo que se queda en meros balbuceos. Tampoco es plausible creer que el mundo de la academia y sus estudios especializados, muchas veces cargados de un lenguaje que sólo satisface la sed de los mismos académicos, llena todo el espacio de esta preocupante ausencia. El artículo académico, ahora con las fórmulas de la “indexación”, parece preocuparse sólo por llenar requisitos de institutos y no se configura en lo que debería ser: aquel texto apoyado en el rigor que desentrañe esencias, despeje tinieblas y señale nuevos caminos interpretativos donde hay congestión o ninguna ruta a seguir. Ese texto afianzado en el cultivo de una escritura que sea capaz de suscitar no sólo la emoción intelectual, sino el entusiasmo propio del rigor investigativo. Y sin embargo se caería en una actitud equívoca si se creyera, como lo creen algunos enemigos furibundos de los claustros universitarios, que desde la academia no sea posible arribar a las excelencias de la interpretación literaria. De hecho, es en su campo donde la interdisciplinariedad y el debate permanente fluctúan, en el que debe surgir en un futuro la más madura crítica literaria del país. Y no es posible, por último, columbrar siquiera que los últimos sonados “debates literarios”, llevados a cabo por escritores comerciales casi todos —la polémica entre Santiago Gamboa y *El malpensante* a propósito de películas y novelas mediocres, o las escaramuzas rimbombantes entre

Héctor Abad Faciolince y los que escriben por amor al dinero y a la silicona— sean comprendidos como una expresión vigorosa de la crítica literaria en Colombia.

2

Es verdad, como dice Javier Arango Ferrer, que por el ensayo se hace adulta una literatura. Pero es un acto de ceguera, o de encandilamiento pueril, el atribuir a la literatura colombiana una altura como para generar un ensayo que sea la prueba más fehaciente de tal elevamiento. Se debe guardar reserva, ya que cinco o diez nombres a lo más no son suficiente testimonio para afirmar que nuestro ensayo es el por fin logrado reflejo de una madurez artística anunciada. A este respecto, Jaime Jaramillo Escobar, en su antología sobre ensayistas antioqueños, muestra un hallazgo que goza de un cierto trazo de desmesura. En su pesquisa de ratón de biblioteca confiesa haber encontrado por lo menos ciento cincuenta ensayistas en esta región, una de las más prolijas del país letrado. De esta cantidad asombrosa, más propia de la realidad mágica que de la literaria, a Jaramillo Escobar le fue posible, por razones más de espacio que de calidad, seleccionar apenas cuarenta. Las cifras, por supuesto, apuntan al entusiasmo épico regional y a la creencia de que Antioquia ha dejado de ser una tierra de promisión para pasar a ser la de la salvación. Son estos excesos que continúan palpitanes, ya que la historia de la literatura es también el espacio de lo tremebundo y lo exagerado, los que permiten considerar que aún se respira esa provincia de viñeta de la cual Gutiérrez Girardot desenmascaró sus trivialidades trajeadas de grandeza en el ensayo mencionado.

Acudir a la cantidad, en cuestiones de arte, no es recomendable a la hora de querer establecer balances. Pero el criterio de la cantidad es lo que por desgracia ha acompañado desde siempre las valoraciones de la literatura colombiana. Y más ahora, cuando se asiste a una proliferación escandalosa de escritores y de obras. Colombia posee, según algunos entu-

siastas del delirio comparativo, una exuberancia de climas y recursos naturales que se refleja en sus letras copiosas. Hoy aparecen, por ejemplo, con mayor frecuencia los resultados de las investigaciones literarias de las regiones del país. Y así como Jaramillo Escobar encontró esa numerosa pléyade de ensayistas en Antioquia, en Santander, en Boyacá, en el Valle del Cauca y en la región del Atlántico, aparecen también listas extensas de escritores que el tiempo había olvidado merecidamente y que ahora, gracias a las valoraciones de ciertos investigadores, aparecen cubiertos de ditirámicos epítetos. De tal manera que el que había sido valorado en función de su inacabada o mediocre obra literaria por las generaciones que le siguieron, aparece ahora rotulado como gran e importante escritor. No quiero decir, sin embargo, que esos balances cuantitativos de la literatura de antaño no sean indispensables para la investigación académica. Es necesario que para la conservación de una memoria artística del pasado se registre y sondee casi todo. Pero también lo es que, a la hora de los inventarios cualitativos, el criterio de la excelencia universal predomine. Por otra parte, la proliferación respira, frenética, en lo que se escribe y se publica hoy. Y esto no es más que la consecuencia de una gran vitalidad viril, opinan algunos haciendo gala de un lenguaje torpe pero asaz colombiano. Si alguien se aproximara, y hay quienes lo hacen, al panorama de la literatura actual del país, declararía que hay una gran movilidad, una impresionante agitación, una nunca antes vista productividad expresada en variadas formas. Tal situación no indica, sin embargo, que se esté haciendo una literatura de calidades inolvidables. Acaso sea éste el proceso que nos ha correspondido para que en el futuro surja algo que sitúe la literatura colombiana al lado de las grandes literaturas de la historia. Las comparaciones son riesgosas, pero hay que insistir en que todavía se está lejos de los novelistas de la Francia del siglo XIX, de los poetas rusos de la Unión Soviética, de los narradores norteamericanos de la primera mitad del siglo XX, de los escritores de la Alemania expresionista.

Es la ausencia de una literatura mayor lo que, en primer lugar, me impide creer que exista ahora una crítica literaria de calidad en el país, porque la relación entre una y otra es quizás una circunstancia de causa y efecto. Habría entonces que preguntarse por los motivos que han fraguado este horizonte, sin duda de barroca abundancia pero carente de densidad insuperable. Descartemos, de entrada, el argumento válido para ciertos paradigmas, de que todo tiempo tormentoso provoca en el arte respuestas sublimes. Colombia los ha tenido desde la fundación misma de su historia aciaga, pero no le ha llegado la hora de verter con fortuna sus desgarramientos en un gran movimiento literario de resonancia internacional. Nuestro romanticismo, nuestro modernismo, nuestro vanguardismo, nuestra abigarrada contemporaneidad sólo han producido casos aislados de genial madurez. Me aventuraría a decir que sólo Tomás Carrasquilla y García Márquez, en el campo de la narrativa; y Aurelio Arturo y León de Greiff, en el de la poesía, han consolidado una obra sin fisuras y capaz de resistir al tiempo. Lo otro es una sugestiva dispersión: oteros, valles, explanadas, lagos que se levantan y extienden aquí y allá. La novela de Isaacs, la de José Eustasio Rivera, la de Germán Espinosa; la cuentística de Pedro Gómez Valderrama y las crónicas de Luis Tejada; algunos poemas de Silva y Barba Jacob; uno que otro libro de Charry Lara, de Rojas Herazo, de Álvaro Mutis, de Jaime Jaramillo Escobar, de José Manuel Arango, de Juan Manuel Roca y de Giovanni Quessep. Y, por supuesto, la obra ensayística de Baldomero Sanín Cano y la de Rafael Gutiérrez Girardot podrían sintetizar más o menos este breve panorama de casi doscientos años de historia literaria.

El paisaje que propongo, lo sé, es un poco neblinoso. Pero en ningún modo pretendo enarbolar una verdad. Más bien me acojo al consejo de Baldomero Sanín y trato de comprender un fenómeno. No soy de los que creo, empero, que nos sea imposible la conformación de una gran literatura, aunque tampoco puedo caer maravillado ante el espejismo mediático que hoy pretende arrojarnos frente a ella. Considero, por ejemplo,

que después de la novela de García Márquez, la nuestra, la de estos tiempos de todas las degradaciones, aún no ha logrado su plenitud. Me atrevo a suponer que algunos peldaños se han edificado y que otros escritores los escalarán, construirán los suyos y producirán la excelente narrativa tan esperada. Con todo, me parece que hay factores que podrían retrasar este arribo. Aunque por fortuna la profesión del escritor entre nosotros se ha fortalecido, algo que en tiempos de Baldomero Sanín Cano era sencillamente imposible, y ya no son uno o dos los que viven holgadamente de lo que escriben, hay una atmósfera enrarecida en donde se asfixia la literatura y la reflexión crítica sobre ella. Ante la ausencia de una masa lectora más o menos avisada en Colombia, hay que agregar que en los pocos lectores presentes se ha dado un gusto literario aberrante. Éstos, en general, buscan la literatura comercial propuesta por los grandes consorcios editoriales. De tal modo que el objetivo de la globalización de la literatura o su aparente democratización, a la cual se refieren algunos ingenuos del optimismo, se ha cumplido a cabalidad: lograr que la gente lea un tipo de literatura ostensiblemente banal y desconozca lo que en principio es excelente. Es mejor esta alternativa a la del completo analfabetismo cultural, explican los expertos en la sociología de la recepción, pasando por alto las nefastas consecuencias que deja este fenómeno cuando se trata de edificar el gusto exigente y atildado del crítico literario y el de los lectores. Porque hablar de democratización en este caso es referirse a una patente cretinización de la literatura. Un fenómeno así no es nuevo. Ya desde los tiempos de las novelas por entregas, en la Francia de la monarquía romántica, los grandes capitalistas de la edición se habían propuesto hacer de la lectura y la escritura un espacio más apto para la diversión que para la reflexión. Por fortuna no todo terminó allí, porque el arte es también el camino de la ardua resistencia, y pese a la sobresaturación de malas novelas que miles de lectores pedían con fervor, surgieron Stendhal, Balzac, Victor Hugo y Flaubert. Y surgió, por supuesto, Sainte-Beuve. Esta mutación de la sensibilidad de

lo mediocre hacia lo anodino de los pocos lectores que tiene Colombia, es también lo que contribuye a que su literatura se siga llenando de escombros. Y es tal preferencia por lo insustancial, tal regodeo en el goce de lo vacío, generalizado hasta extremos grotescos, lo que ha terminado por trazar el magro perfil de nuestra actual crítica.